

PERSPECTIVAS

Verdad y reconciliación de la memoria

► La verdad es un valor político e histórico que los pueblos deben esmerarse en cultivar, como única forma de mantener su sentido de comunidad y su propia continuidad histórica. No hay nada que reconforte más a los pueblos y a los individuos que el rostro limpio de la verdad, incluso de la más dolorosa.

Desde esa perspectiva, las comisiones de verdad constituyen una iniciativa profundamente republicana, con vocación de futuro. Asignar un sentido al pasado mediante el diálogo público y la búsqueda de la verdad es, por eso, una de las tareas más dignas y más fecundas que una república puede emprender. Es, a la luz de nuestra experiencia, el único camino para reconstituir la sociabilidad quebrantada y el sentido de comunidad que alguna vez, desgraciadamente, abandonamos, al transgredir los valores que la sustentan como tal.

No es casual que el intento de nuestro país de revalidar su memoria haya estado a cargo de una Comisión de Verdad, encargada de averiguar lo que había ocurrido hasta donde es posible; pero, al mismo tiempo, Comisión de Reconciliación, es decir, destinada a hacer de ese conocimiento un instante que nos reconozcamos

como miembros de una misma comunidad, provistos de iguales valores y de iguales propósitos.

Esa comisión se encuentra, así, en el centro de nuestros esfuerzos por reconstituirmos como república. En la medida en que hemos sido capaces de saber lo que ocurrió, pero al mismo tiempo, de revalidar los valores que entonces despreciamos, somos una mejor comunidad política, que ha dado un paso importante para reconciliarse consigo misma.

Pero, claro está, la reconciliación de una república con su propia historia requiere reparación. Por eso la búsqueda de la verdad no puede estar desligada de la búsqueda de la justicia.

Al margen de quiénes fueron los victimarios, la búsqueda de una verdad global pone el acento en la relación de la comunidad política con aquellos que vieron sus derechos conculcados. A través de este proceso la comunidad en su conjunto intenta, mediante el reconocimiento, reparar el daño que su



olvido o su indiferencia fue capaz de causar. Restituir a las víctimas en su dignidad, y reconocerlas como sujetos injusta y cruelmente apartados de la comunidad, es muy importante para hacer de la verdad el primer paso hacia la justicia y hacia la reconstrucción del orden quebrantado.

Cuando una Comisión de Verdad es capaz de mirar hacia el pasado y comprobar cómo pudo diluirse esa legitimidad, está contribuyendo a que la república se consolide y se fortalezca. Está propiciando que nunca más la comunidad se disuelva y está

Asignar un sentido al pasado mediante el diálogo público y la búsqueda de la verdad es, por eso, una de las tareas más dignas y más fecundas que una república puede emprender...

recordándonos cuáles son nuestros compromisos colectivos. Después de tal trabajo, la democracia es más fuerte y más segura: cada uno de sus miembros tiene conciencia de los vínculos que lo unen a sus conciudadanos, y el conjunto del país puede así mirar limpiamente su futuro.

Mirar limpiamente el futuro no significa, desde luego, pretender que nada ha ocurrido o simplemente apurar el paso para dejar atrás los dolores. Es

reconocer los padecimientos de víctimas y victimarios; pero, al mismo tiempo, es hacer de esos padecimientos una oportunidad de encuentro.

Por eso, la historia de Chile reconocerá un sitio privilegiado a la Comisión de Verdad y Reconciliación, que se creó en 1990 a instancias del Presidente Patricio Aylwin, y que hemos recordado en estos días, resaltando su contribución ética y política, al cumplirse 10 años de la entrega de su impactante y trascendental informe.

Aún más, en la experiencia de Chile podemos

encontrar elementos que no son ajenos a ninguna de las iniciativas similares planteadas en otras naciones, de América Latina y de otras regiones del planeta. Tenemos en común el dolor de tantas personas, que en algunos casos aún tiñe, con su manto de silencio, nuestras tierras. Tenemos en común la obligación moral de crear oportunidades de encuentro entre todos nuestros ciudadanos, para terminar de ese modo con los silencios del pasado.

Sin embargo, lo que nos liga indisolublemente es una visión del futuro que se construye sobre la voluntad política firmemente declarada de encontramos en la verdad, y sobre la conciencia de que hemos sido tan capaces de infligir dolor a nuestros compatriotas como de buscar maneras de repararlo. Finalmente, nos une el compromiso, que no debemos cansarnos de repetir, de construir sociedades más democráticas, en las que el respeto de los derechos de las personas sea una frontera que el Estado jamás pueda cruzar.

MARIA SOLEDAD ALVEAR
Ministra de Relaciones Exteriores (extracto del discurso que pronunció en el seminario organizado por la Corporación Justicia y Democracia).